SOCIEDAD ESPAÑOLA DE BIZANTINÍSTICA

BOLETÍN NÚMERO 21

Junio de 2015

Índice

1

ARCHIVO GRÁFICO DE BIZANCIO Y LA PENÍNSULA IBÉRICA XV: EL DÍPTICO BIZANTINO DE CUENCA Y SU PRÉSTAMO PARA LA EXPOSICIÓN "MASTERPIECES OF BYZANTINE ART" DE EDIMBURGO 1958

Margarita Vallejo Girvés

El "díptico-relicario bizantino de la catedral de Cuenca", llamado también "Díptico de los déspotas del Epiro", ocupa un lugar privilegiado en su espacio expositivo. Depositado en la "Sala del Icono" del Museo Diocesano de Cuenca, son dos tablas, con pintura a la encáustica. En las dos hojas del díptico aparecen la Virgen y Cristo, respectivamente. A cada uno de ellos les rodean catorce bustos de santos –con sus reliquias–, cuyos nombres están escritos en griego. La pieza, a su vez, está ornamentada de diversas piedras preciosas.

A los pies de la Virgen aparece representada, en posición de reverencia y oración, la donante, cuyo nombre está escrito también en

griego: *Maria Angelina Doukaina Palaiologina*; a los pies de Cristo debía estar representado el otro donante, cuyo nombre, igualmente en griego, también aparece: *Thomas Despota Komnenos Palaiologos*. Su imagen, perdida, debió de ser raspada intencionadamente, hecho que se quiere explicar como una suerte de *damnatio memoriae* llevada a cabo por su esposa, María Angelina, quien es acusada por Calcocondiles en sus *Historias* de haber asesinado a Tomás para contraer nuevo matrimonio con Esaú Buondelmonti, que se convertiría en déspota en 1367.



Los estudios realizados sobre la pieza concluyen que se debió de producir entre 1367 y 1384 y, aunque la mayoría de los análisis lo atribuyen a un taller de Meteora por su similitud con otra tabla del

Monasterio de la Trasfiguración de aquella región griega, también se ha propuesto como originario de talleres de Ioannina y de Constantinopla[1].

Su llegada a España se produjo en el primer tercio del siglo XVII a consecuencia del enlace entre Gerónimo Castagnola Spinola, de cuya familia era propiedad el díptico en aquellos momentos, con una aristócrata conquense, María Henríquez, señora de Moncalvillo, actualmente una pedanía de Huete (Cuenca). Su nieto, Juan Domínguez Castagnola Spínola, donó en 1718 sus bienes –incluido este díptico-relicario- al Colegio de Niños Expósitos de Moncalvillo. Al trasladarse este en 1755 a Cuenca, su tesoro fue depositado en la catedral de aquella ciudad. Desde entonces, y salvo por el episodio de la Guerra Civil española y de varios préstamos a exposiciones, a las que aludimos más abajo, el díptico-relicario permanece en ella, siendo considerado una de sus piezas más destacadas[2].

El díptico-relicario que nos ocupa es bien conocido de todos los interesados por el arte bizantino en España. El estudio pionero de Sebastián Cirac Estopañán en el año 1943 fue tan sólo el primero de los análisis llevados a cabo sobre esta singular obra de la iconografía bizantina presente en la Península Ibérica[3]. Este y otros estudios, como

[1] Todo lo anterior a partir de P. M. Ibáñez Martínez, *El Greco en el Laberinto. Escenas de la Pasión*, Cuenca 2014, p. 37.

[2] P. M. Ibáñez Martínez, *El Greco en el Laberinto*..., pp. 36 y 40.

[3] S. Cirac Estopañán, *Bizancio y España: El legado de la Basilissa María y los déspotas Thomas y Esaú de Ioannina*, 2 vols., Barcelona 1943. Vid. M. Cortés Arrese, “Acerca de la llegada a España de algunas obras bizantinas”, en *El Mediterráneo y el*

el de A. Martínez Sáez y R. del Hoyo, del año 2004, aportan luz sobre las circunstancias de su llegada a España, acerca de sus donantes, María Angelina Doukaina Paleologina y Thomas Despota Komnenos Palaiolologos, hechos a los que ya hemos hecho mención, así como referencia de las exposiciones, tanto en España como en ámbito internacional, en las que el díptico bizantino conquense ha estado presente[4]. Por su parte, V. de la Vega Almagro también ha estudiado, en un análisis sobre las vicisitudes sufridas por el tesoro artístico de la catedral de Cuenca, el destino de nuestro díptico en los años de la guerra civil española. Sacado de la catedral, se tiene constancia de que estuvo en el depósito de la Junta Central de Valencia; finalmente fue recuperado y retornó a su lugar original de exhibición[5].

Sabemos que el díptico fue prestado, para ser exhibido, en diversas muestras de arte. Así, salió de España en el año 1931, con destino París; fue a Atenas en 1964; a Colonia en el 1978; nuevamente a Atenas en el año 2000 así como a Nueva York en el año 2004. En España se ha incluido en diversas exposiciones; entre ellas, Madrid en 1981 y Toledo en 1999. Pero las peticiones de préstamo para otras exposiciones debieron ser varias. Entre ellas, la que centra esta pequeña nota.

Arte Español. Actas del XI Congreso del CEHA, Valencia 1998, pp. 4-18, esp. 16-17; Id., *El descubrimiento del arte bizantino en España*, Madrid 2002, p. 135.

[4] A. Martínez Sáez – R. del Hoyo, *El díptico bizantino de la Catedral de Cuenca*, Cuenca 2004.

[5] V. de la Vega Almagro, *Tesoro artístico y Guerra civil: el caso de Cuenca*, Cuenca 2007, pp. 54, 144, 163, 273 y 322.

En el Archivo General de la Administración, sito de Alcalá de Henares, concretamente en las cajas de la Sección de Cultura, con documentación de la Dirección General de Bellas Artes, figura la correspondencia intercambiada en el año 1958 entre el Secretario Capitular de la Catedral de Cuenca, Jesús Bermejo Díez, y la propia Dirección General de Bellas Artes, que transcribimos a continuación.

La iniciativa de la comunicación parte del cabildo conquense el día 28 de Febrero de 1958, quien dirigiéndose a la Dirección General de Bellas Artes indica que:

> "*Habiendo sido solicitado a este Ilustrísimo Cabildo la cesión, o préstamo mejor dicho, del Díptico bizantino que posee esta Catedral y guarda en su Tesoro, para la exposición de arte que ha de celebrarse en Edimburgo durante sus festivales del mes de agosto del corriente, este Ilustrísimo Cabildo, teniendo en cuenta el mérito extraordinario del objeto solicitado, ha tomado el acuerdo de dirigirse a V. I. I., dándole cuenta de lo solicitado y rogándole, en caso de que no haya ningún inconveniente para su préstamo, se digne comunicarnos si debe exigirse alguna garantía extraordinaria o imponer condiciones especiales a tenor de alguna norma que, para estos efectos, pudiera tener o practicar esa Dirección General. El Secretario Capitular, Jesús Bermejo Díez*"[6].

La Dirección General de Bellas Artes responde al día siguiente, con una comunicación que también se encuentra en el referido Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares. En ella, tras reiterar el objeto de la misma, se indica que

> *"Esta Dirección General pone de manifiesto a V. I. que no tiene conocimiento oficial de la Exposición de que se trata y desde luego estima que la concesión en depósito, para que figure en el certamen, de una pieza de arte de tan singular valor, ha de hacerse con las máximas garantías de seguridad, quedando a la*

[6] AGA. Sección Cultura. Dirección General de Bellas Artes. Caja 209.

discreción de ese Ilustrísimo Cabildo la procedencia o no de la entrega del referido Díptico Bizantino"[7].

La exposición a la que se refieren ambas notas, y de la que la Dirección General de Bellas Artes dice no tener noticia, fue la conocida como "Masterpieces of Byzantine Art", que tuvo lugar en el Royal Scottish Museum de Edimburgo entre el 23 de agosto y el 13 de septiembre de 1958, y que posteriormente fue trasladada al Victoria & Albert Museum entre los días 1 de octubre y 8 de noviembre de 1958. El comisario de la exposición y editor del catálogo fue D. Talbot-Rice[8].

Valga esta nota para volver a poner en valor el patrimonio bizantino presente en España y la preocupación de las autoridades competentes, eclesiásticas y ministeriales, por preservar el díptico en las mejores condiciones posibles. Como muestra de lo anterior, es interesante recordar aquí cómo María Vassilaki, comisaria de la exposición "Mother of God", celebrada en el Museo Benaki de Atenas en el año 2000, relata, tiempo después, la llegada a la capital griega del obispo de Cuenca, Anastasio Martínez Sáez, coautor de uno de los estudios reseñados más arriba. El obispo era el portador del díptico, que debía mostrarse en aquella exposición:

"The cardinal himself brought the Cuenca diptych to Athens to be displayed in the exhibition. I remember him arriving at the Benaki very late, after midnight, on a weekday in October 2000, as the flight from Madrid was terribly delayed. We had to wait for him, no matter when he arrived, so that we could put the diptych into the Benaki's safety box. In the late and long hours of that night of October 2000, I began to feel as though I was inside a Luis Buñuel film as the

[7] AGA. Sección Cultura. Dirección General de Bellas Artes. Caja 209.

[8] D. Talbot-Rice ed., *Masterpieces of Byzantine Art*, Edinburgh 1958.

cardinal arrived at the Benaki carrying the diptych in a small wooden crate, which looked like a wooden suitcase. When he returned to the Benaki the next morning to take the diptych out of the safety box and supervise its installation, I asked him if he would pose with me. The Benaki photographer, the late Kostas Manolis, was there to commemorate the event. It was taken at the entrance hall of the exhibition. We are standing in front of the wall decorated by a well-known Greek painter, Alekos Levidis"[9]



Fig. 1.2 Benaki Museum, Athens. Maria Vassilaki and the Cardinal Anastasio Martínez Sáez at the entrance hall of the *Mother of God* exhibition, October 2000

[9] M. Vassilaki, "Learning Lessons: from the *Mother of God* to *Byzantium 330-1453*", A. Eastmond – L. James eds., *Wonderful Things: Byzantium through its Art*, Farnham 2013, pp. 7-18, esp. 9-10.

2

ARCHIVO GRÁFICO DE BIZANCIO Y LA PENÍNSULA IBÉRICA XVI: ICONOGRAFÍA DE SANTA ELENA Y LA VERA CRUZ EN IGLESIAS ESPAÑOLAS

Juan Signes Codoñer

De todos es conocida la leyenda del descubrimiento de la cruz de Cristo por Elena, la cristiana madre de Constantino cuando realizó una peregrinación a Jerusalén en torno a los años 326-328. Al demoler un templo de Venus o Júpiter en la ciudad sagrada, encontró tres cruces y consiguió identificar, según cuenta Rufino en el apéndice a la *Historia eclesiástica* de Eusebio, cuál era la verdadera cuando una moribunda recuperó la salud al tocarla. Como se sabe, el emperador Constantino construyó sobre el lugar la iglesia del Santo Sepulcro. Las reliquias de la cruz quedaron allí, aunque Santa Elena se llevó un brazo a Roma para la capilla de su palacio privado, que luego fue convertida en la Basílica de la Santa Cruz en Jerusalén, en el Esquilino, donde permaneció hasta 1629, cuando el Papa Urbano VIII se lo llevó a la

Basílica de San Pedro, donde se conserva hoy junto a una estatua monumental de Santa Elena esculpida por Andrea Bolgi en 1639. El resto permaneció en Jerusalén y fue recuperado por Heraclio tras la toma de la ciudad por los persas a principios del siglo VII y llevado a Constantinopla ante el avance árabe. Allí permaneció hasta que en 1204 los cruzados tomaron la ciudad y desmembraron la cruz repartiendo sus reliquias por toda Europa. Pero ya antes, pedazos de la cruz, a veces minúsculos, habían partido de Constantinopla con destino a la iglesias de Occidente por graciosa donación de los emperadores bizantinos que querían así agasajar a sus aliados.

No es pues de extrañar que en la católica España, avanzada de la "cruzada" contra el Islam en la Edad Media, los fragmentos de la Vera Cruz fueran muy apreciados como reliquia y que actualmente sean varias las iglesias españolas que se precien de tener fragmentos de la Vera Cruz. O que incluso representen a Santa Elena en alguno de sus retablos, como ocurre por ejemplo en el famosísimo retablo de Santa Cruz en Blesa (Teruel), en cuya calle lateral derecha encontramos un panel de Elena y el emperador Heraclio ante las puertas de Jerusalén, pintado por Miguel Jiménez hacia 1481-1487. Se trata de un delicioso anacronismo, muestra evidente de la confusión que reinaba sobre el origen de la Vera Cruz[1]:

[1] Información detallada sobre el retablo se puede encontrar en http://www.blesa.info/hisretab.htm - tablas



Sería muy prolijo hacer aquí una enumeración exacta de los muchos fragmentos de la Vera Cruz custodiados en España, pues ello nos obligaría a mencionar las innumerables cofradías que custodian una reliquia de la cruz de Cristo y que incluso los exhiben en procesiones durante la Semana Santa (en algún caso acompañados por imágenes de Santa Elena)[2]. Nos centraremos por lo tanto únicamente en los lugares de culto más importantes en España que guardan fragmentos de la cruz y que, en su historia, nos hablan de las relaciones de España con el Oriente griego en los turbulentos años de las cruzadas.

[2] Véase por ejemplo: Real Cofradía del Santísimo Sacramento de Minerva y la Santa Veracruz (León), Hermandad del Monte Calvario (Málaga), Hermandad del Cristo de los Vigías de Vélez-Málaga, Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno (Alhaurín el Grande, Málaga), Cofradía de la Vera Cruz (Salamanca), Cofradía del Santo Entierro de Cristo (Soria), Venerable Hermandad de Nuestra Señora de las Angustias (Andújar, Jaén), Hermandad del Calvario (Puente Genil, Córdoba), Hermandad de la Veracruz (Aguilar de la Frontera, Córdoba), Hermandad de Vera-Cruz (Sevilla), Hermandad de La Lanzada (Sevilla), Hermandad de La Estrella (Sevilla), Hermandad de los Dolores (El Viso del Alcor, Sevilla), Cofradía de la Vera-Cruz (Marchena, Sevilla), Cofradía del Santo Sepulcro (Murcia).

El fragmento más grande se encuentra en el Monasterio de Santo **Toribio de Liébana (Cantabria)** y corresponde a un travesaño horizontal izquierdo donde se apreciaría incluso el agujero donde clavaron el clavo que perforó la mano de Cristo. Se encuentra incrustado en una cruz gótica de plata dorada, confeccionada en un taller vallisoletano en 1679. Se trata de un fragmento incluso de mayor tamaño que el que se conserva en el Vaticano.

Otro fragmento de la cruz se encuentra en **Caspe (Zaragoza)** adonde fue traído por Juan Fernández de Heredia poco antes de morir en 1396 después de haberlo recibido del papa Clemente VII en Aviñón en 1394. Fernández de Heredia había sido gran maestre de la Orden de San Juan del Hospital desde 1377 y desempeñado una importante labor como diplomático al servicio del Papado y de los Reyes de Aragón, interviniendo en campañas en la Morea. La reliquia se guardó inicialmente en el convento dedicado a la Orden de San Juan de Jerusalén y fue luego trasladada a la Colegiata de Santa María la Mayor, donde se guarda hasta hoy, pese a que la basílica fue muy dañada por la guerra civil.

Fragmentos de la cruz se encontraban también en Santa Maria dels Turers en **Bañolas (Gerona)** que debieron llegar allí gracias a Eymeric de Usall, que actuó como embajador del rey aragonés Jaime II ante el sultán de Egipto entre 1303-1304 y 1305-1306, pero que se perdieron durante la desamortización de Mendizábal. También con Eymeric se relaciona la cruz procesional del Monasterio de Santa María

de **Vilabertrán (Gerona)**, engastada en una cruz de plata con camafeos egipcios. En el monasterio fue enterrado fray Dalmau de Rocabertí en el año 1326, al que precismante había intentando liberar de su cautividad egipcia el propio Eymeric.

Muy famoso es también el fragmento de la Vera Cruz de **Caravaca de la Cruz (Murcia)**, guardado en la Basílica de la Vera Cruz, dentro del recinto del Real Alcázar. Esta iglesia se comenzó a construir en 1617 sobre una antigua capilla medieval que guardaba un fragmento de la Cruz y fue terminada en 1703 en estilo barroco. De este edificio nos interesa reproducir la fachada:



Como se comprueba fácilmente, se trata de una fachada que, desde un punto de vista bizantino, podría calificarse de puramente iconoclasta, en la medida en que jugando con formas puramente geométricas, exalta la cruz en su hornacina central. Incluso podría decirse que es más iconoclasta que las propias iglesias iconoclastas,

pues no me consta que los iconoclastas bizantinos, que exaltaron la cruz en los ábsides de sus iglesias, llegaran a colocarla como motivo central en sus fachadas. La tradición de la Exaltación de la Cruz, celebrada el 14 de septiembre en muchas confesiones cristianas, se convierte en motivo simbólico en la tradición barroca. Y esto nos lleva a reflexionar sobre la ausencia de motivos figurativos en todas las iglesias que hemos enumerado, casi todas ellas en el arco mediterráneo español, en las que la Cruz raramente aparece enmarcada en una escena figurativa, y en las que la figura de Santa Elena, como en el panel de Blesa, raras veces desempeña un papel prominente.

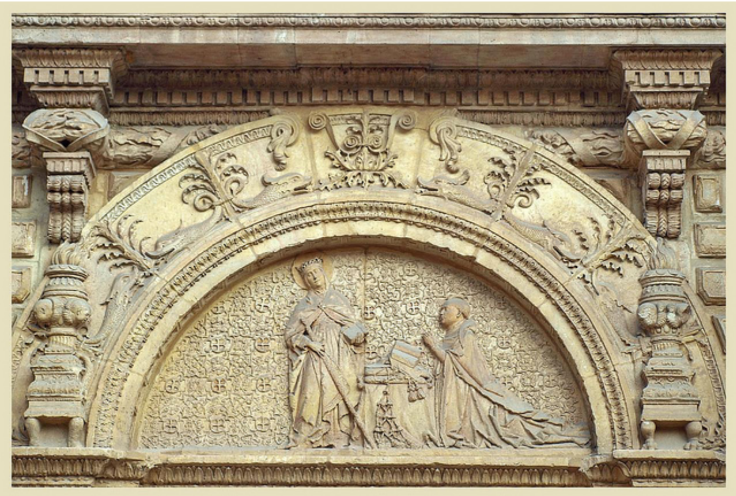
La excepción a esta tendencia la encontramos en dos edificios de **Valladolid**, concretamente en la Iglesia de la Vera Cruz y en el Palacio de Santa Cruz.

Para empezar por el segundo, el **palacio de Santa Cruz** pasa por ser uno de los primeros ejemplos de arquitectura renacentista en España. El edificio, hoy sede del rectorado de la Universidad de Valladolid, fue construido por el cardenal Pedro González de Mendoza (1428-1495) como sede del colegio mayor de Santa Cruz (que hoy es un anexo al edificio), cuyos institutos se inspiraban en el Colegio Mayor de San Bartolomé de Salamanca. Se terminó de construir, después de muchos años de trabajo, en 1492, año en el que los Mendoza participaban en la conquista de Granada. Emblema del colegio es la cruz potenzada o cruz de Jerusalén, que representa los derechos de los

reyes cruzados en Tierra Santa y que representaba la advocación cardenalicia de Mendoza:



Por ello no es de extrañar que en el dintel superior de la puerta principal del colegio se represente a Mendoza suplicante, arrodillado ante la Vera Cruz, sostenida por Santa Elena. No me consta que la madre de Constantino aparezca representada en otra fachada de un edificio civil español:



La **iglesia Penitencial de la Vera Cruz** en Valladolid, situada en pleno centro histórico, en la calle Platerías que era el núcleo de la antigua judería, es un edificio de finales del siglo XVI, un siglo posterior al del palacio de Santa Cruz y se construyó como lugar de culto para la Cofradía de la Santa Vera-Cruz, la más antigua de Valladolid y custodia del Lignum Crucis, una reliquia en oro y piedras preciosas (de ca. 1500-1550) en cuyo interior hay un fragmento de la Cruz procedente del monasterio cántabro de Liébana que mencionábamos antes. La fachada, construida por Diego de Praves, es de 1595 y está formada por dos cuerpos que representan sendos arcos triunfales, separados por un balcón para las autoridades que es característico de las iglesias penitenciales:



En la hornacina superior, aparece una imagen de Constantino, no de Santa Elena, sosteniendo la verdadera cruz y con el globo imperial a sus pies: el modelo al que se alude es, por lo tanto, no el modelo del culto redentor, sino el del poder que da la cruz, explotado por los emperadores iconoclastas a partir de la leyenda de la conversión de Constantino y símbolo también de las cruzadas medievales:



El contraste resulta notable con la **ermita de Santa Elena en Caravaca de la Cruz,** que aunque de dimensiones mucho más modestas, sigue la misma estructura en su fachada, con el balcón

procesional, pero coloca en la hornacina superior una imagen de la descubridora de la Cruz y santa madre de Constantino:



En Valladolid, tenemos que entrar en el interior de la iglesia para encontrar una representación de Constantino y Elena abrazados a la cruz en el panel superior del altar barroco churrigueresco de la iglesia (de finales del siglo XVII y autor desconocido), en lo que podemos considerar un modelo mixto de representación de la Cruz:



Como se ve, la elección o no de santa Elena para acompañar el culto de la Vera Cruz puede obedecer a consideraciones estéticas y religiosas muy diferentes, y no es en modo alguno una elección azarosa. La historia de todas estas reliquias, su origen y las iglesias que los albergan, está aún por escribir.

3

BIZANTINISTAS ESPAÑOLES POR EL MUNDO II: "DESCENDIENTE DE EL GRECO"

Francisco López-Santos Kornberger

Hace ya dos años, en la primavera de 2013, y siendo un alumno en el penúltimo año del Grado de Historia de la Universidad Autónoma de Madrid, tomé la decisión de continuar mis estudios fuera del país. Pocos meses antes, ni yo mismo lo habría vaticinado: era un chico nacido en Madrid y en Madrid me había criado; apenas había mostrado interés por salir de mi barrio antes de empezar el grado, y mi mayor estancia en el extranjero había consistido en diez días cruzando Francia como mochilero en compañía de mi amigo Javier, tras lo cual regresé a mi país sintiéndome tremendamente dichoso por estar de vuelta, y sin ninguna gana de repetir una aventura de ese tipo en mucho tiempo. Las veces que profesores o alumnos veteranos me habían hablado de la conveniencia de hacer un Erasmus, les contestaba secamente que no veía ningún motivo por el que debiera ir a otro país:

no teniendo aún claro qué universidades y qué profesores me convenían en el extranjero, e inmerso como estaba en mis estudios y mis amistades en España, el Erasmus –con todos los respetos a las virtudes que aquella beca efectivamente tiene- me parecía una invitación a una fiesta a la que no me apetecía ir. Una fiesta, además, que duraría un año, que implicaría papeleos, que podría desestabilizarme en temas de exámenes y de notas, a lo que luego se sumarían las bufonescas arbitrariedades de las convalidaciones, y todo esto a la vez que echaría de menos la universidad, mi casa, mi familia, mis amigos y novia, mi ordenador, mi cama y mis zapatillas de felpa.

Sin embargo, aunque no quisiera marcharme, ya en el segundo año del grado, a mediados de 2011, había tomado la decisión de dedicarme al Imperio bizantino; una elección que sentí como apasionada aunque arriesgada, para empezar, porque ninguno de los profesores de mi universidad era bizantinista. Pude haber elegido dedicarme a temas más cercanos al panorama peninsular o a las disciplinas del área de Historia medieval de la Universidad Autónoma de Madrid, pero eso habría implicado dar la espalda a tres años de “fiebre bizantina” que, desde el instituto, me había hecho dibujar, escribir, pensar y disfrutar con un mundo que me había enamorado completamente. Ya por entonces me había hecho con una copia de “El estado bizantino” de Georg Ostrogorsky, que había forrado con papel y decorado con dibujos purpúreos, e incluso había añadido un texto propio en la contraportada, en el que se podía leer lo siguiente:

> *Fuimos testigos de la caída de Atila, del fin de* [la antigua] *Roma, del nacimiento del Corán y de las cruzadas de Occidente (…). Ahora, débiles y ancianos, agotados por los siglos de historia que pesan sobre nosotros, sucumbimos ante la incomprensión y la codicia del mundo exterior (…). Sean estas páginas testigo del milenario e incomparable legado del Imperio de los Romanos.*

Una vez tomada la decisión de dedicarme a Bizancio, los docentes medievalistas de la Universidad Autónoma de Madrid me proveyeron de bibliografía, me aconsejaron en mi carrera y en mis estudios y me animaron a que conociese a tal o cual bizantinista que podría ayudarme a dar un paso más hacia la especialización. A resultas de ello, empecé a estudiar griego clásico, asistí a clases sobre Bizancio como oyente en otras universidades, investigué por mi cuenta y me las apañé para que los contenidos de cada asignatura me ayudasen a acercarme de una u otra manera a Constantinopla. Una vez adquirí un cierto bagaje en la materia, puse en marcha dos cursos sucesivos de Historia bizantina en mi universidad para divulgar el mundo bizantino entre sus alumnos, y pude presentar una comunicación en las XVI Jornadas de Bizancio en Alcalá de Henares, mi primera comunicación fuera de la Autónoma y la que más había tenido que ver con mi tema de estudio, el mundo ideológico de los siglos X-XII. Presentar mis ideas a un público especializado en la materia y ya fuera de mi universidad puso mis nervios al máximo, tal y como referí en el mismo discurso:

> *Esta será mi primera ponencia fuera de mi alma mater, de la Universidad Autónoma: os advierto que puede que mi voz tiemble más de lo normal, o quizás en un momento determinado,*

me levante y huya bien lejos, buscando refugio, al más puro estilo de la corte constantinopolitana en 1204...

De esta guisa me acerqué al final de mi Grado, y tenía que pensar en cuál sería el paso siguiente. Después de hablarlo con varios profesores, sopesando la situación en la que se encontraba la universidad pública, la convocatoria de plazas y la concesión de becas, se me aconsejó continuar con mis estudios en el extranjero, aun conociendo que el hipotético retorno de un doctorado sería harto complicado. Hacía tiempo que había apostado por mi pasión hacia el tema al que me dedicaba, y tomé la decisión que parecía que podría llevarme a buen puerto, aunque ello implicase muy pocas posibilidades de volver a mi país. Mi plan sería realizar un master especializado en el extranjero, y ver qué becas podía obtener allí o, si no, buscarlas de nuevo en España.

Tardé meses en decantarme claramente por ese camino. La gente que me rodeaba y yo mismo fuimos aceptándolo gradualmente y por ello el proceso estuvo relativamente exento de momentos dramáticos. Durante mi último año de carrera busqué con calma en qué universidades podría estudiar. Con el inestimable consejo de Juan Signes Codoñer y de Inmaculada Pérez Martín, en base al campo en que buscaba especializarme y a mi nivel en diferentes idiomas, me decanté por la Universidad de Birmingham. Me puse entonces en contacto con Ruth Macrides, mi actual tutora en el master: su campo de investigación (las narrativas históricas en los textos bizantinos, el ceremonial de la corte y los textos legales en los períodos medio y sobre todo tardío del

Imperio) está estrechamente relacionado con el tema en el que quería sumergirme, y al que aún le quedaba mucho por concretarse: el mundo ideológico bizantino en el siglo XI.

Aquel verano empecé a lidiar con el papeleo y con la búsqueda de un hogar cerca de la universidad. Una vez tuve todo preparado, dediqué un mes y medio a cumplir un sueño que tenía pendiente, y que de la mano de mi novia Marta pudo hacerse realidad. Juntos, sin apenas planear nada más allá de unas líneas en un mapa y con el menor dinero posible, viajamos por los Balcanes en busca de los hitos de la historia bizantina –"así no diré en el master que no he conocido ningún enclave bizantino", pensé. Desde Venecia hasta Estambul, pasando por la costa croata, Montenegro, Belgrado, Dirraquio, Esparta y Varna; haciendo casi treinta paradas en el camino, buscando hostales baratos, pernoctando a cielo abierto y alimentándonos con dos tomates y una lata de "dolmades" en la plaza Sintagma de Atenas… Aquel "peregrinaje" ocurrió en el momento apropiado, a falta de un futuro claro y con la certeza de que el trabajo de fin de master y la tesis reducirían mi tiempo libre en el porvenir. Además, todas las historias que fueron hilando el viaje –el "hotel encantado" en Esparta, el hangar abandonado en el barrio ateniense de Ajarnés, la misteriosa asignación de la habitación 1204 en el hotel de Veliko Tarnovo o las ocho horas de visita en Santa Sofía– supusieron una oleada de nuevas experiencias en una persona poco dada a viajar, y me sirvieron para despedir una etapa de mi vida y recibir a la siguiente. Después del ajetreado viaje y sus millares de fotos y momentos, preparé tres grandes maletas (una

de ellas repleta de libros), me despedí de todos como buenamente pude, cogí mi pasaporte y mi billete de ida y me marché.

Durante las dos semanas que mediaron entre mi llegada y el comienzo de las clases, resolví mis papeleos con la universidad y con el casero, y también di una vuelta por mi barrio y por la ciudad. Birmingham no me pareció ni demasiado masiva ni excesivamente pequeña, pero sí me llamó la atención la ausencia de un casco antiguo pre-industrial, ya que la ciudad fue esencialmente producto de la concentración de canales y luego de fábricas, y todo ello fue arrasado por la aviación alemana en la Segunda Guerra Mundial. Sin edificios que pasasen de un neo-neoclasicismo y forrada de brillantes carteles y de escaparates acristalados del siglo veintiuno, y por supuesto marcando sus diferencias con las balconadas y los adoquines propios de ciudades mediterráneas, la ciudad se me antojó fea al principio, para qué engañarnos. El icono que sintetizaba mi primera impresión sobre Birmingham fue el enorme centro comercial *Bullring*, que desde fuera parece un descomunal alfiletero cubierto por chinchetas plateadas gigantes, sin ventanas, ni techumbre reconocible, ni formas rectas. Justo enfrente de tamaño atrevimiento arquitectónico se halla una iglesia neogótica decimonónica, el único edificio que proyecta un aura de aparente antigüedad en la ciudad que conocí entonces, pero que por algún destino infeliz alguien había colocado justo delante y en una posición más baja respecto al centro comercial, así que era imposible que este no asomase por encima y a ambos lados de la iglesia. Pasado un tiempo, los paseos, un mayor conocimiento de la

ciudad y una mayor colección de anécdotas hicieron que Birmingham empezase a brillar con su propio encanto: los mercadillos abarrotados, el bullicio continuo de gente de toda clase y por tanto la variedad de lugares y experiencias que puedes encontrar, desde una tienda-restaurante de buena comida griega hasta los clásicos 'fish and chips' británicos. Gente en chilaba y con largas barbas rizadas predican el Islam y reparten copias del Corán mientras que en la acera de enfrente otros predicadores, en este caso evangélicos, reparten biblias y leen pasajes de la misma a quien se detenga a escucharlos. En esta ciudad, de forma parecida y a la vez diferente de Madrid, me llamó la atención la variedad en el vestir, el comer o el pensar.

Una vez pasado el 'shock' inicial en cuanto a lo estético, me fijé en que ni el clima es tan malo (ni llueve siempre ni hace un frío excesivo) ni la comida es tan horrenda como se comenta en los "cuentos mediterráneos para no dormir". Durante un tiempo, me llamaba la atención la aparente neutralidad y variedad en el comer: frente al buen sabor esperado de unas tapas en bares españoles de toda clase, aquí uno puede encontrar todo tipo de comidas, si bien no suelen estar ni buenas ni malas, a menos que la experiencia o una cartera abultada te conduzcan a los mejores sitios de la ciudad. Si a esto añadimos la posibilidad de uno mismo de mejorar las dotes culinarias, el panorama se me antoja alegre, aunque algunos compañeros mediterráneos no opinan para nada lo mismo y sueñan con estar pronto de vuelta en el mar nuestro y en nuestros comedores.

La mayor parte de la vida universitaria se circunscribe a la universidad propiamente dicha y a los barrios colindantes, que se encuentran a dos paradas de tren del centro, o a más de una hora si se decide uno a ir caminando. Una vez que descarté vivir en una de las residencias universitarias, busqué piso en el barrio de Selly Oak. El barrio se remonta a finales del siglo XIX, cuando varias grandes fortunas invirtieron en construir interminables hileras de viviendas para pequeños burgueses y trabajadores. En Selly Oak conviven unos cuantos residentes “fijos” –de todo tipo de orígenes, algunos de ellos exalumnos-, y una innumerable cantidad de universitarios, muchos de ellos extranjeros que están de paso durante un año, varios meses o solamente durante un mes. Las fiestas abundan, siempre de puertas adentro o en el jardín de cada uno, y al bullicio suceden las bolsas de basura abandonadas en la calle y abiertas por las ratas, colchones o sillones destrozados decorando las aceras y las plantas creciendo en medio de basura ya antigua; en general, se trata de un ambiente que refleja que hay muchos inquilinos que están de paso y para los que se priorizan las soluciones rápidas y sencillas a un mantenimiento de la casa y del barrio. Sin embargo, el Estado se está revelando eficaz al proveer a cada vivienda de grandes cubos de basura en donde depositar los desechos, de manera que la basura no se arroja ya simplemente fuera de la vivienda, y las ratas y otros animales no tienen tan fácil el acceso a la misma: si el barrio tenía una fama bastante mala hace unos años, el aspecto hoy día ha mejorado. Además, yo tuve la fortuna de encontrar una casa bastante alejada de la universidad,

donde la situación cambia una barbaridad: menos fiestas, menos basura, una parcelita de jardín frontal que separa cada vivienda respecto de la calle y un parque estupendo y amplio que me alegra la vista siempre que voy y vuelvo del campus. Mientras que otros compañeros están decididos a mudarse al barrio que se encuentra al otro lado de la universidad, más cuidado por lo general que Selly Oak, yo estoy feliz en mi parcela de tranquilidad, en una casa a la que no le falta de nada y con un 'landlord' y unos compañeros de piso amables y responsables.

Una vez dentro del campus, el ambiente de Selly Oak queda atrás. Los jardines están cuidados con esmero, y los caminos y los edificios más nuevos se desarrollan en torno a las facultades originales de principios del siglo pasado, bellas construcciones de ladrillo rojo que encierran una explanada central ajardinada con una descomunal torre del reloj en el centro, que a mí me recordó al 'campanile' veneciano y que es uno de los símbolos de la universidad. Si la torre con sus cuatro relojes en cada una de las caras te recuerda siempre la hora para que no descuides tu puntualidad, la fachada del rectorado está presidida por esculturas de grandes ídolos o referentes intelectuales del imaginario occidental, desde Platón y Galileo hasta Shakespeare, dando todo ello la impresión de que se estuviese entrando en una especie de catedral, que además contiene dentro grandes cúpulas y vidrieras en un recinto de planta basilical. Nada más entrar, una sala cuadrada asombrosa está decorada con grandes losas conmemorativas de mármol, en las que a un lado se esculpieron los nombres de los caídos

en ambas guerras mundiales, y junto a ellos los nombres de los benefactores de la institución.

La semana anterior a las clases, llamada “Welcome Week” por ser cuando la mayoría de nuevos alumnos se acercan por primera vez a la universidad, el campus se llenó de carpas, tenderetes, carteles y nuevos alumnos, promocionando todo tipo de servicios: más de un centenar de asociaciones estudiantiles de todo tipo, eventos de ocio semanales, talleres para desarrollar técnicas compatibles a los estudios de cada uno, clases gratuitas de varios idiomas y un largo etcétera. Aproveché también para visitar el “Barber Institute of Fine Arts”, que contiene una importante colección de arte y la que quizá sea la segunda mayor colección de monedas bizantinas del mundo (en torno a 9000 monedas si no recuerdo mal), y además había abierto una pequeña exposición gratuita sobre monedas bizantinas tardoantiguas y las primeras monedas musulmanas con el fin de divulgar algunos aspectos de ambas. Más tarde me acercaría a la biblioteca, que cierra una de las partes del núcleo antiguo de la universidad. El fondo bibliográfico bizantino era excelente, y celebré el tener a mano tan buena bibliografía llevándome una serie de libros a mi casa, sin que aún hoy haya dejado de renovar los préstamos desde entonces.

El último día de la “Welcome Week” nos convocaron a todos los nuevos alumnos de la facultad (“Arts and Law”), para luego dividirnos en grupos más pequeños (la “School of History and Cultures” en mi caso), y finalmente nos desgajaron por departamentos, en mi caso el

"Centre for Byzantine, Ottoman and Modern Greek Studies" (CBOMGS). Entonces conocí en persona a los que serían mis docentes bizantinistas, Ruth Macrides, Leslie Brubaker y Archie Dunn, que nos fueron poniendo al tanto de las actividades del centro y de las asignaturas que íbamos a cursar.

Asignaturas aparte, el departamento suele reunirse cada una o dos semanas para una actividad en común, generalmente para asistir a la conferencia de un experto de esta u otra universidad. La reunión se celebra en la "Whitting Room", una salita recientemente reformada rodeada de estanterías llenas de libros de todo tipo sobre las materias que investiga el departamento, y a los que se tiene libre acceso. En esa sala se imparten clases, se celebran reuniones, y si se encuentra vacía se puede estudiar en ella. Las actividades del departamento suelen desarrollarse a media tarde, y después de un corto debate se anima a continuar la reunión en un pequeño bar de la universidad, de forma más distendida, y que también puede ser la antesala a una cena entre los alumnos en uno de los pubs de Selly Oak.

Paralelamente al desarrollo de las actividades que pone en marcha el departamento, existe la asociación "Gateway to Eastern Mediterranean" (GEM), formada por los alumnos del mismo, y que desarrolla actividades similares, igualmente semanales o cada dos semanas y que también suelen acabar con un debate y una posterior visita al bar. En las reuniones de GEM generalmente participan los propios alumnos, que de esta manera exponen partes de sus

investigaciones y enfoques para el beneficio de los demás asistentes, a la vez que ganan experiencia en la palestra. Desde el visionado de documentales hasta ponencias en torno a la divulgación del mundo bizantino (como fue el caso de la ponencia que organizamos mi compañero Joseph Parsonage y yo), las reuniones de la asociación animan a unir los estudios de las tres alas del departamento. GEM también publica una revista digital, *Diogenes*, en la que ya tuve ocasión de escribir una reseña en inglés.

Actividades como las reuniones de GEM o del CBOMGS acaban saturando una agenda que, en un principio, se encuentra relativamente vacía. Mi caso como masterando en investigación es aún más llamativo: solamente un tercio de mis créditos se cursa en asignaturas, que son un total de tres entre dos trimestres, mientras que el resto de los créditos irían a parar al trabajo final. Sin embargo, no tardé en llenar mi agenda con otras actividades: un grupo de traducción de textos bizantinos dirigido por Ruth Macrides que se reuniría semanalmente, otras clases para traducir textos griegos clásicos y también unas clases particulares de griego moderno que se ofreció a impartir un griego nativo, doctorando en filología griega moderna. Todas estas actividades, sumadas a los encuentros de la asociación y del departamento y a otras actividades que aparecerían a lo largo del año, terminaron por tenerme totalmente ocupado.

Por tanto, mientras que al alumno se le exige la asistencia en muy pocas ocasiones, se espera de él que se imponga trabajos y se organice

su agenda y su carrera. En este sentido, me llamó especialmente la atención la existencia de una semana solemnemente exenta de cualquier actividad a mitad de cada trimestre, la llamada “reading week”. Lejos de tomársela como un puente, los alumnos la aprovechan para adelantar trabajo pendiente de todo tipo, y luego ya acaso se puede celebrar una fiesta en el fin de semana.

En definitiva, hay una serie de detalles en cuanto al trabajo que me parecieron distintos al lugar de donde yo venía. El primero fue el del ambiente distendido, acompañado por la abundancia de “meetings” y de sus subsiguientes visitas al bar, con sus probables prolongaciones en una cena por el barrio y la llegada a casa a unas horas tardísimas… sobre las 10 de la noche (no olvidemos los avatares del horario británico). Detrás de estos eventos existe el trabajo intensivo de cada uno, pero este parece quedar tapado por una imagen de despreocupación, o así lo he percibido a veces. Esto puede estar conectado a otro detalle, que me tuvo profundamente preocupado al principio, que es el de la positividad imperante en cualquier crítica que se le haga a tu trabajo, ya sea en público o en privado. Aquí parecen no existir los malos trabajos, sino que se anima al alumno a seguir mejorando a la vez que se le dan pautas para mejorar. Esto parece deberse, como he escuchado decir a alumnos y profesores, a que se evita descorazonar al alumno con mensajes inútilmente negativos, mientras que lo que sí existen son las críticas concretas, eso sí, acompañadas de palabras de ánimo y un aplauso por lo que ya se ha conseguido.

Esto me condujo a una paranoia importante: no sabía medir, con los parámetros que ya conocía en España y a falta de notas cuantificables, si lo estaba haciendo "bien", "mal", "mejor", "peor" o si tenía que esforzarme más, menos, dejar de estresarme o directamente lanzarme por la ventana en un ataque de nervios. Todo ello puede resumirse en la siguiente anécdota: cuando envié mi reseña a la revista *Diogenes*, ésta me fue devuelta junto a varios agradecimientos por mi participación y por la calidad de mi escrito al que, sin embargo, era recomendable hacer unos pocos remiendos. Cuando abrí el Word adjunto con la reseña, cuál fue mi sorpresa de que prácticamente cada dos líneas del texto había una o varias anotaciones por tal o cual expresión, por la necesidad de aclarar un aspecto, o por la conveniencia de añadir una cita bibliográfica en tal o cual lugar. Se trataba de una situación que yo habría calificado de "churro", pero cuando pregunté de nuevo por la impresión que había causado mi reseña, todo fueron comentarios positivos y la conveniencia, aparentemente voluntaria, de cambiar algunos detalles del mismo.

Al poco aprendí que mi forma de redactar en español tenía que cambiar completamente: si ya en España se evitan las frases demasiado largas y abundantes en oraciones subordinadas, en Inglaterra la sobriedad al escribir es un imperativo. Mi inglés oral también debía mejorar con urgencia, ya que aumentaba mi inseguridad al sentirme incapaz de hablar y de escuchar con la soltura a la que estaba acostumbrado en el que ahora iba a ser mi departamento: allí estaba yo, en mi nuevo entorno profesional, dándome a conocer y demostran-

do unas aptitudes, y no acababa de entender “ni papa” de lo que aquel catedrático prestigioso me había dicho. Durante estos meses mi idioma ha mejorado tanto como para que este problema haya desaparecido pero, siendo franco, he aprendido mientras tanto a aparentar entender todo, y a pensar a continuación qué porras me han querido decir para evitar un posible desastre.

Con el paso de las primeras semanas, la novedad se volvió rutina, y con la repetición sistemática de la rutina, las semanas se volvieron meses. La primera vez que se me encargó como “deberes” la lectura de un libro sobre Bizancio no cabía en mí de alegría, y dediqué prácticamente todo el fin de semana a leerlo de cabo a rabo; más adelante, con la agenda repleta de actividades que suelen circular en torno a los mismos temas, confío en que pronto tenga sueños en compañía de Basilio Bulgaróctono y de Miguel Pselo. No dejaría de ser ventajoso, ya que de alguna forma estaría estudiando las fuentes primarias también en medio de la noche. Una vez docentes y compañeros me vieron trabajar y estudiar, dejé escapar algunas de las formas menos convencionales que tengo para divulgar Bizancio, como son mis dibujos de estilo cómic. Tan pronto me vieron dibujar a Basilio II en una servilleta en el pub, me pidieron que les hiciese nuevos dibujos de escenas edificantes de la historia bizantina, como el cegamiento del hijo de Irene la Ateniense o a Teodora envuelta en perversiones de la corte. Cuando otros dibujos menos morbosos llegaron a más gente y a los propios docentes, no dejaron de recomendarme que los presentase a la “Society for the Promotion of the Byzantine Studies” como proyec-

to divulgativo (algo que haré si consigo reunir tiempo suficiente), y una alumna ha llegado a utilizar uno de mis dibujos -una reconstrucción de las estatuas de Constantino y Helena en el foro constantiniano- para ilustrar el powerpoint de un congreso.

Pronto empecé a mirar becas para el doctorado, y asistí a un evento informativo para la más destacada de las financiadas por la red de universidades de las Midlands, el proyecto “Midlands3Cities”. Después de dedicar una buena parte de mi tiempo a bosquejar más intensivamente el estado de la cuestión en la que pretendía investigar, delimité mi proyecto de tesis y pasé a una nueva fase, una especie de “poda invernal” en la que tenía que conseguir, con la inestimable ayuda de las profesoras Macrides y Brubaker, que mi proyecto cupiese en el límite de palabras establecido. Meses después se me comunicó la concesión de la beca, que terminó de asegurar mi doctorado en Birmingham.

Con todo este ajetreo que uno mismo se impone para dar pasos adelante en su carrera, desde la beca hasta las clases de griego pasando por las asignaturas y sus trabajos, la Navidad se me echó encima, y con ella, una vuelta breve a España, cargada de trabajos y de compromisos familiares. En la línea de lo comentado anteriormente, las vacaciones de Navidad y de Semana Santa han sido de un mes cada una, lo que contrasta con que la mitad del tiempo estuviese inmerso en varios trabajos: irónicamente, estuve más ocupado en mis tareas académicas durante las vacaciones que en los días de diario en Birmingham.

Además, en la línea de no perder el contacto con las universidades españolas, y también por satisfacer mis francas ansias de divulgar el mundo bizantino y de hacerlo en la lengua que me es más cómoda, ni en diciembre ni en abril dejé de participar en actividades y de impartir clases en la Universidad de Granada y en la Autónoma, siendo recibido en ambos sitios con un calor y una alegría impagables.

Tanto en diciembre como en abril, la vuelta a España se me hacía muy extraña, seguramente porque no se trataba de una vuelta sino de una visita, mientras que el trabajo que estaba construyendo, mi nueva vida sin fecha de retorno, se encontraba en Birmingham. Por tanto, aunque pasase bastante tiempo escribiendo a Inglaterra y haciendo trabajos que habría de entregar allí, parecía que todo aquello fuera un sueño, un paréntesis o una vida paralela, mientras que mi vida seguía en Madrid, aunque sin estudios que cursar ni planes más allá de las apuradas visitas a familiares y a amigos. Allí estaba, tomándome un batido en un restaurante en Neptuno, explicando los entresijos de la coronación de Carlomagno a alumnos del grado de Historia, disfrutando de una paella con mis tíos y abuelos, o simplemente aparcado en mi coche en La Elipa a las dos, tres y cuatro de la mañana, escuchando música y hablando con mis amigos madrileños. Durante mis estancias en Madrid, Birmingham era algo así como un recuerdo que no sabía situar bien en las coordenadas de mi vida, como cuando estás sumergido en un sueño y no sabes cómo has llegado allí. En Navidad, aún sin conocer los resultados positivos de la beca inglesa y antes de que supiera los malabarismos que tendría que hacer para pedir la FPU,

a la postre insuperables, la venida a España y la vuelta a Birmingham zarandearon mi determinación como una espiga de trigo al viento, mientras que la segunda vez hubo despedidas y reencuentros sentidos en ambas ciudades.

¿Qué hace un chico como yo…? me pregunto entonces, como se preguntó Fernando Castejón en su relato. La gente de Birmingham también se pregunta cómo he llegado aquí. “¡El primer bizantinista español!”, exclamó eufórico un compañero, como si este españolito hubiese viajado desde una suerte de “desierto de la bizantinística”, mientras que yo me sonreía recordando a la SEB y al nutrido grupo de excelentes investigadores peninsulares, de los cuales asoma más de un libro en la biblioteca de la Universidad de Birmingham. El ser español no me exime de cierto exotismo, que no ha dejado de brindarme momentos graciosos, como cuando una becaria inglesa me hizo saber lo atractivo que le parecía nuestra forma de pronunciar las erres y las jotas. A ello contesté entonando, con mirada solemne y pretendidamente arrebatadora: “El perro de San Roque no tiene rabo, porque Ramón Ramírez se lo ha robado”: se derritió al instante, sin haber entendido ni una sola palabra. Por otro lado, mis compañeros griegos no dejaban de preguntarse cómo gente de otros países estaban interesados en un capítulo tan poco clásico de su “epopeya nacional”, como si yo debiese dedicarme a Isabel la Católica. “¡Debes de ser descendiente de griegos!” aseguró un estudiante heleno, a lo que respondí que mi familia era de Madrid, lejos de Ampurias, de Cartago Spartaria y de cualquier ciudad receptora de emigrantes griegos

posible. Entonces respondió con naturalidad: “¡Pero Madrid está cerca de Toledo! ¡Eres entonces descendiente del Greco!”

Hace ya cuatro años tomé la decisión de dedicarme a estudiar el mundo bizantino, a enseñarlo y a divulgarlo. Quise llegar tan lejos en esa empresa como me fuese posible, siempre con la premisa de que trabajar en lo que a uno le apasiona es una bendición. Después tomé la decisión, más segura en unos aspectos y mucho más arriesgada en cuanto a la posibilidad de volver, de continuar mis estudios fuera del país. Quise averiguar si podría conseguir una beca en el Reino Unido para continuar los estudios como doctorado, y he tenido la pasmosa suerte de recibirla. En este punto comienza para mí una aventura doctoral, tras la cual se me aparece una espesa cortina de humo. Si decidiera quedarme aquí una vez presentada la tesis, comenzaría mi serpenteante camino postdoctoral, enlazando becas de investigación y de docencia en uno y otro lado del Reino Unido, hasta que reuniese –ojalá– la suerte y la experiencia suficiente como para que se me concediese una plaza como docente en alguna universidad. Quizá en algún momento, por otro lado, se me presente la improbable oportunidad de volver a España: en ese caso, no sé por qué me decantaré. Después de unos meses aquí, me he dado cuenta de que no extraño la comida, el tiempo, la cultura o la estética de Madrid; no tanto, al menos, como para que pese en la balanza entre volver o quedarme. Lo que realmente me ha pesado ha sido el estar lejos de la gente con la que me siento vivo: los amigos, la familia, y también los compañeros y profesores que me han arropado y ayudado estos años.

Durante este primer año, el idioma, la cultura y las tensiones derivadas de no conocer dónde se está metiendo uno, han hecho que aún *no tenga una vida* aquí, como es natural. Requiere tiempo, paciencia y conocer a gente compatible. Eso no quiere decir que no me lo pase bien a menudo: las fiestas, las bromas entre compañeros, las visitas de amigos de fuera o las conversaciones por Skype, o el sencillo disfrute de una serie de televisión o de un buen libro, junto con el trasiego rutinario y el salto entre las variadas fechas de entrega, han desembocado en unos meses felices para mí. Esta no es una historia triste, aunque sí contiene momentos agridulces. De vez en cuando, algunas noches al volver de la biblioteca, cuando la bruma atlántica invade los caminos; o por las mañanas, cuando la falta de sueño empieza a acumularse y resulta difícil sacar el cuerpo de la cama y echar a andar, una parte de uno mismo se encuentra lejos de Birmingham, allí donde esa vida a la que se vuelve cuando se viaja a Madrid sigue su curso independientemente de que estés tú o no. Peor aún, el vacío que has dejado se hace notar por tus seres queridos, ya sea por mensajes de “te echamos de menos”, sonrisas forzadas a través de la pantalla, o el reducido número de libros prestados sobre Bizancio en la biblioteca de la Universidad Autónoma de Madrid.

A veces me pregunto si merece la pena, no estar aquí uno, dos o tres años, sino un tiempo largo, posiblemente para siempre. Tras mucho pensarlo, y tras haberme sido concedida la beca doctoral, he concluido que la pregunta es la siguiente: *de tener éxito profesional y la posibilidad de decidir entre España o en Reino Unido, ¿podré llegar a*

sentirme asentado o arraigado a este país? Sin embargo, aún y por al menos un par de años, no podré saberlo, lo que para las dudas y la nostalgia ocasionales es un alivio. Mientras tanto, tengo la sensación de estar "huyendo hacia adelante", construyendo mi currículo en un camino que no está nada claro a partir de un futuro relativamente cercano, como el de tantos otros jóvenes estudiantes aquí, en España, en Grecia y en muchas otras partes.

En pleno estío, a lo largo del valle junto a la fortaleza de Mantzikert, cabalgo sin un destino claro mientras las líneas enemigas se evaporan delante de mí, siempre cercanas y lejanas a la vez. Hace calor y llueven flechas. Ojalá el emperador no haya colocado a ningún desdichado Ducas a cargo de la retaguardia…

4

EL OJO BIZANTINO I

Queremos aquí abrir una nueva sección a nuestros socios en la que recogeríamos pequeñas impresiones o estampas fruto de sus viajes por la antigua ecúmene bizantina. No se trataría tanto de glosar los grandes monumentos u obras de arte que nos ha legado Bizancio, y conocidos de todos, cuanto de descubrir la herencia bizantina a través de detalles secundarios o curiosidades que se aparecen de forma inesperada al bizantinista itinerante, a ese "ojo bizantino" siempre atento y vigilante de nuestro socios. Esperamos que las dos pequeñas curiosidades que siguen a esta breve nota sirvan de aliciente para futuros envíos de nuestros socios. Insistimos una vez más en que las colaboraciones que esperamos no son tanto muestras de erudición como píldoras para entretener. Y que Bizancio acecha en cualquier parte…

PAPIRO Y BELISARIO EN SIRACUSA

Juan Signes Codoñer

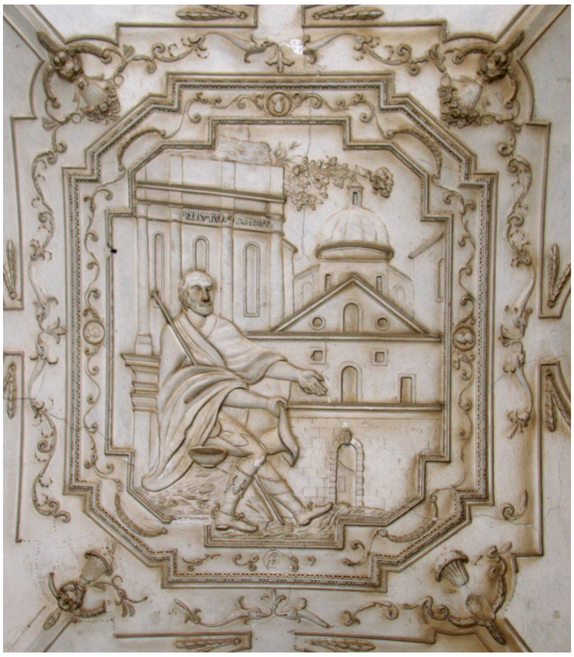
Estando recientemente en Siracusa, en viaje de placer, recorría yo las calles de la isla de Ortigia acompañado de mi familia, con el propósito de ver la fuente Aretusa, la famosa fuente de agua dulce que mana junto al mar y que, según la leyenda, nace en la antigua Grecia y cruza el mar Jónico hasta llegar a la antigua colonia doria. Junto a ella hice esta foto de la planta de papiro que crece naturalmente en la

fuente, ya que no tenía tiempo de visitar los ríos Anapo y Ciane, al otro lado de la bahía, donde el papiro (*Cyperis papyrus*) nace en libertad desde tiempos inmemoriales: es de hecho el único lugar fuera de Egipto donde el papiro crece en libertad. Tampoco podía visitar el Museo del papiro de la ciudad, que recoge una tradición de fabricación de hojas de papiro recuperada en el siglo XVIII y vigente hasta hoy mismo.



Pensaba yo si la obsesión de los bizantinos por la isla, conquistada por los emires aglabíes en el 878 y brevemente reconquistada para el imperio en 1038 por Jorge Maniaces (que da nombre a un castillo en el extremo sur de Ortigia, hoy caserna militar: nos quedamos sin foto) no tendría que ver sólo con consideraciones geoestratégicas de alto calado y si esta pequeña planta no habría desempeñado algún papel (perdón por el juego de palabras): ¿No podría de hecho haber obtenido Constantinopla el preciado papiro de las marismas siracusanas? No era hipótesis absurda. Y pensando en mis cosas bizantinas volví a dirigir mis pasos absorto hacia la plaza de la catedral, reedificada sobre un antiguo templo dorio. Pasamos de largo, ya que la habíamos visto antes y, antes de salir de la plaza, nos paramos ante el magnífico Palacio

Beneventano del Bosco que los caballeros de la orden de Malta, establecidos en esta pequeña isla al sur de Sicilia en 1530, utilizaron poco después como su sede en Siracusa, ya que eran vasallos del rey de Sicilia. Admiramos la construcción y, pasando el portalón de entrada, abierto, contemplamos embelesados el patio barroco interior. Poco quedaba aquí de la Orden de Malta, ya que, como casi todo en Sicilia, el antiguo palacio había sido destruido completamente por el terremoto de 1693 y el actual es una construcción del año 1778 hecha por el barón Guglielmo Beneventano. Así que yo disfrutaba de la arquitectura, sin que prejuicio alguno interfiriera mi mirada limpia, cuando mi hija gritó: "Belisaro". Yo dije: "¿Belisar**i**o? ¿Dónde?" Y mi hija, que jamás había oído hablar del famoso general en casa (lo juro), señaló al techo, adonde, como todo turista sabe, se suele mirar solo en último lugar. Allí, blanco estucado, estaba él –y a su imagen corresponde la foto:



Efectivamente, el famoso general, que desembarcó en la ciudad antes de su primera campaña victoriosa contra los vándalos, estaba allí,

junto a nobles monumentos, pero representado como un simple mendigo ciego pidiendo limosna: alusión a la famosa leyenda bizantina de Belisario, cegado por el ingrato y envidioso emperador Justiniano, cuyo nombre aparecía también en el estuco. Nada he sabido encontrar luego sobre la razón de esta presencia insólita de la figura señera del famoso general en el techo estucado de un atrio barroco. Obviamente la lección de su leyenda está vinculada a la rueda de la fortuna, y es una advertencia contra la vanagloria, muy propia en una casa nobiliaria. Pero me preguntaba si no habría alguna razón más para tan singular elección iconográfica y si el noble propietario del palacio no sería un secreto admirador de la historia bizantina de la isla. O quizás, si el estuco es algo más tardío que la arquitectura, el dueño del palacio simplemente era admirador del Belisario de Donizetti, una ópera "estrenada en el teatro veneciano de la Fenice el 4 de febrero de 1836" (véase la contribución de Ernest Marcos Hierro en el *Boletín* 20 de 2015 de la SEB). Y envuelto de nuevo en mis reflexiones bizantinas, seguí paseando por Ortigia.

EL OJO BIZANTINO II:

JUSTINIANO EN COIMBRA

Juan Signes Codoñer

Mi segunda experiencia bizantina reciente es mucho más kitsch y rápida, pero quizás no está de más compartirla con los socios de la SEB: estando recientemente en Coimbra, decidimos visitar "Portugal dos pequenitos", un parque temático de venerable antigüedad (fundado en 1940) que representa a pequeña escala monumentos de todo el mundo luso desde Europa a África, Asia y América. Entre las exposiciones del parque hay un museo del traje, en el que barbies y kents lucen trajes históricos. Miraba yo los trajes del XVIII, cuando mi hija, nuevamente, me llevó a una vitrina y me preguntó por qué llevaba pendientes un señor. Le hice una foto, que copio aquí, para que juzguen ustedes:



De su señora no hice foto, quizás no la juzgué decorosa. En todo caso, ya ven ustedes qué poco ojo bizantino tiene el que suscribe estas líneas. Si no fuera por su hija…

5

BIBLIOGRAFÍA

1. Últimamente la presencia de Bizancio en las revistas de divulgación de los quioscos es cada vez mayor. Aparte de la *Aventura de la Historia*, o *Historia* (de *National Geographic),* que sacan regularmente contribuciones sobre Bizancio de conocidos especialistas españoles, hay que considerar cada vez más la revista *Desperta Ferro (Antigua y Medieval)* que en su último número 29 de 2015 dedica una sección monográfica a Juliano el Apóstata, con abundantes ilustraciones originales y mapas de calidad, tal como acostumbra. Reseñamos a los participantes que colaboran en este número:

ARCE, J., "El imperio romano a mediados del siglo IV d.C.", pp. 6-12.

TOUGHER, Sh., "Juliano y la dinastía constantiniana", pp. 14-19.

RICHARDOT, Ph., "El ejército romano a mediados del siglo IV", pp. 20-25.

TEJA, R., "Paganismo y cristianismo en la Roma de Juliano", pp. 26-29.

MACDOWALL, S., "La batalla de Estrasburgo (357 d.C.)", pp. 30-38.

SYVANNE, I., "La campaña de Juliano en Persia (363 d.C.). Un análisis crítico", pp. 40-46.

BURNS, Th.S., "Al otro lado del Rin. Los bárbaros en el s. IV", pp. 48-54.

2. Finalmente salieron publicadas las Actas del último Congreso Nacional de Estudios Clásicos, celebrado en Logroño en el verano de 2011: *Ianua Classicorum. Temas y formas del Mundo Clásico*, Madrid 2015, ISBN 978-84-617-0653-2. Como se sabe, el Congreso organizó una sección de Bizantinística en la que intervinieron algunos socios cuyas publicaciones aparecen ahora en el tercer volumen. Como sabéis, en julio de este año habrá una nuevas jornadas de la SEEC, esta vez en Barcelona, con una pequeña sección sobre estudios bizantinos. La ponencia estará a cargo esta vez de Pedro Bádenas de la Peña. Él y Ernest Marcos Hierro pertenecen al comité científico del Congreso. Listamos aquí las publicaciones de las actas:

SIGNES CODOÑER, J., "Bizantinística y filología griega: consideraciones metodológicas y perspectivas de futuro", pp. 83-116.

ANDRÉS SANTOS, F.J., "Ἄρχων en algunas fuentes jurídicas bizantinas", pp. 119-126.

ARTIGAS MARTELES, A., "La *ékphrasis* en la novela bizantina del s. XII: el caso de *Rodante y Dosicles*", pp. 127-134.

CASTEJÓN LUQUE, F., "La visión social del notario en Bizancio: a propósito de *Pratum Spirituale*", pp. 135-142.

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, F.M., "Los comentarios bizantinos sobre el *Libro del Apocalipsis*", pp 143-150.

MARCOS HIERRO, E., "La construcción de un villano histórico-literario: Andrónico Comneno en la Narración Cronológica de Nicetas Coniates", pp. 151-158.

NARRO SÁNCHEZ, A., "Aspiraciones historiográficas de la hagiografía griega", pp. 159-168.

PÉREZ MENA, R., "Notas sobre la presencia y función de las virtudes en la *Vita Basilii*", pp. 169-176.

PRIETO DOMÍNGUEZ, Ó., “Fusión de motivos paganos y bíblicos en la poesía griega medieval”, pp. 177-184.

VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J., “Avances en la definición de un patrón arqueológico de la Spania bizantina”, pp. 185-192.

Además, también en el volumen III:

HERNÁNDEZ MUÑOZ, F.G., “Presente y futuro de la Crítica textual griega: los manuscritos *recentiores*. Algunos ejemplos“, pp. 765-772.

GARCÍA BUENO, C., “Una traducción latina anónima de los comentarios de Arriano a Epicteto”, pp. 355-362.

3. Reseñamos también un interesantísimo libro sobre la legislación justinianea de un profesor de Derecho romano de la Universidad de Alcalá de Henares. Recordamos que en el congreso de la SEEC de Barcelona habrá una sección de Derecho romano con importante presencia de romanistas dedicados al Derecho bizantino.

BUENO DELGADO, Juan Antonio, *La legislación religiosa en la compilación justinianea*, Madrid, Dykinson, 2015, 502 pp. ISBN 978-84-9085-147-0.